

EL DEPORTE FEMENINO EN LA ANTIGUA GRECIA

Fernando García Romero, Universidad Complutense

Σπάρτας μὲν [βασιλῆες ἐμοὶ] πατέρες καὶ ἀδελφοί,
 ἄ[ρματι δ' ὠκυπόδων ἵππων] νικῶσα Κυνίσκα
 εἰκόνα τάνδ' ἔστασε. μόν[αν] δ' ἐμέ φαμι γυναικῶν
 Ἑλλάδος ἐκ πάσας τό[ν]δε λαβεῖν στέφανον.

“Reyes de Esparta mis padres y hermanos,
 con el carro de caballos de rápidas patas ha vencido Cinisca
 y ha erigido esta imagen. Y afirmo que yo sola entre las mujeres
 de toda Grecia he obtenido esta corona”.

Ésta inscripción¹ acompañaba a la estatua que, probablemente en el año 396 a.C., la espartana Cinisca dedicó en Olimpia con ocasión de su victoria en la carrera de cuadrigas. En ella manifiesta su orgullo, sin duda legítimo, por haberse convertido en la primera campeona olímpica de la historia. Pero, con ser éste probablemente un hito notable en la historia de la mujer en el mundo antiguo, tampoco debemos echar las campanas al vuelo y sobrevalorar esta conquista; no debemos perder de vista que Cinisca era una mujer especial (espartana, y además hija y hermana de reyes de Esparta, Arquidamo II y Agesilao respectivamente)² que además consiguió su victoria olímpica en una prueba especial. En las pruebas hípicas de la antigua Grecia, en efecto, era proclamado vencedor no el auriga sino el propietario de los caballos, de manera que una mujer con los suficientes recursos económicos para mantener una cuadra y con la suficiente ambición y dedicación, podía ver su nombre inscrito en las listas de vencedores en los grandes juegos (sólo en las pruebas hípicas, puesto que en las demás no podían participar, por tener que intervenir en persona). Después de Cinisca, que repitió triunfo en 392, vencieron en Olimpia, siempre en pruebas ecuestres, la espartana Eurileónide en 368 a.C., Belística de Macedonia (concubina de Tolomeo II Filadelfo) en 268 y 264 a.C., las hermanas Timareta y Teódota de Élide en 84 a.C., y otra participante local, Casia Mnasítea, en 153 p.C., y quizá también la famosa Berenice, esposa de

¹ IG V.1 n° 1564a. (IvO 160) = *Antología Palatina* 13.16. Cf. L. Moretti, *Iscrizioni agonistiche greche*, Roma 1953, pp.40-41, y *Olympionikai. I vincitori negli antichi agoni olimpici*, Roma 1957, n°s 373 y 374; J. Ebert, *Epigramme auf Sieger an gymnischen und hippischen Agonen*, Berlín 1972, n° 33.

² Cf. Jenofonte, *Agesilao* 9.6; Plutarco, *Agesilao* 20; Pausanias, 3.8.1, 3.15.1, 5.12.5 y 6.1.6.

Tolomeo III Evérgetes. Y otros casos de victorias femeninas en pruebas ecuestres podríamos citar en los restantes Juegos Panhelénicos y en otros festivales.

Además nuestro entusiasmo al comprobar la existencia de campeonas olímpicas en el mundo antiguo se viene definitivamente abajo cuando atendemos a los motivos por los que, según Plutarco (*Agésilao* 20.1), participó Cinisca en los Juegos Olímpicos: Agésilao animó a su hermana a participar “*con la intención de demostrar a los griegos que el triunfo (en una prueba hípica) no requería ningún talento, sino únicamente ser rico y estar dispuesto a gastarse el dinero*”, de manera que ¡incluso una mujer! podía obtener la victoria en este tipo de disciplinas. Y lo malo es que estos prejuicios contra las mujeres atletas se han mantenido hasta el deporte contemporáneo, hasta bien entrado el siglo XX. Todavía el fundador de los Juegos Olímpicos modernos, el barón Pierre de Coubertin, afirmaba que el papel que las mujeres debían desempeñar en unos Juegos Olímpicos era, sobre todo, el de coronar al vencedor³; y en 1924 leemos lo siguiente en la revista española *Aire libre*: “Existen agrupaciones deportivas donde grupos de muchachas, llevadas por el prurito de imitar al hombre, cultivan el deporte de su predilección sin excluir el fútbol, el atletismo, el pedestrismo, el ciclismo, etc. Nunca se combatirá bastante a tales instituciones, en las que se consiente a la mujer la práctica de ejercicios que no corresponden a su condición orgánica. Tales métodos pueden acarrear la pérdida de salud si el organismo no está preparado para soportarlos y, si lo está, la creación del tipo marimacho, y no sabemos cuál de los dos extremos es más lamentable”⁴.

Naturalmente, el deporte femenino se inscribe dentro del contexto más amplio de la situación social de la mujer, tanto en el mundo griego y latino como en el mundo moderno, y su función y características dependen por supuesto del papel social de la mujer en los diferentes lugares y también en los diferentes períodos históricos. En el mundo griego, es posible establecer, en primer lugar, una distinción entre el mundo jonio y el mundo dorio, aunque los estudios dedicados al tema que ahora tratamos nos han enseñado a no exagerar en demasía esta dicotomía. En el mundo jonio y en concreto en su cabeza visible, Atenas, la principal virtud de la mujer era la discreción, el pasar inadvertida, de manera que se veía forzada a una escasa actividad fuera del ámbito del hogar. En cambio, en el mundo dorio representado por Esparta, la relativamente mayor

³ Cf. M. Frass, pp.119-120.

⁴ Tomamos la cita de T. González Aja, *Introducción del deporte en España. Su repercusión en el arte*, Madrid 2003, pp.72-73.

libertad de la que gozaban las mujeres les permitía realizar una serie de actividades impensables para las atenienses, entre las que se cuenta un completo entrenamiento atlético. Por otro lado, parece que en épocas helenística y romana se hizo mayor la presencia femenina en los ámbitos atléticos, tanto en lo que se refiere a la práctica activa del deporte como al desempeño de cargos de responsabilidad, pues conocemos los nombres de mujeres que, sobre todo en Oriente, desempeñaron en sus respectivas ciudades el cargo de gimnasiarca, más o menos el equivalente a nuestro concejal de deportes.

Antes de entrar propiamente en materia, nos gustaría señalar ya el rasgo probablemente más significativo y definitorio del deporte femenino con respecto al masculino en el mundo antiguo. Las actividades deportivas son en la Antigüedad originariamente un acto religioso, un acto de culto, y este nexo entre deporte y culto se mantuvo de manera mucho más intensa en el caso del deporte femenino, dado que la situación social de la mujer impidió en buena medida una evolución hacia la práctica profesional del deporte (y, por tanto, hacia una debilitación de los lazos que unían deporte y culto), como desde muy pronto ocurrió en el caso del deporte masculino.

Los primeros testimonios indicativos de la práctica del deporte por parte de las mujeres en el mundo griego remontan a la época minoica. Las fuentes arqueológicas atestiguan la intervención de mujeres en distintas manifestaciones deportivas y muy particularmente en la más característica disciplina del deporte cretense, los saltos del toro. Se ha discutido mucho sobre el carácter de estos saltos, si quienes intervenían en ellos eran acróbatas profesionales y se trataba por tanto de juegos meramente profanos, o bien si (como a nosotros nos parece más verosímil) tenían su origen en algún culto y ese carácter ritual se conservaba todavía en la época en la que se datan nuestros testimonios iconográficos. En lo que se refiere en concreto a la presencia de mujeres en las representaciones que nos han llegado, Evans la puso en relación con el culto a la Gran Madre cretense, de manera que saltando sobre el toro las sacerdotisas se ponían al servicio de su diosa, mientras que para otros estudiosos (Willetts, Arrigoni, Scanlon) se trataría de ceremonias de iniciación en las cuales podían participar también las mujeres. Veremos que buena parte de las actividades deportivas femeninas que tenemos documentadas en Grecia se desarrollaban en el marco de rituales de iniciación.

En la Grecia del primer milenio, en la *Odisea* encontramos por primera vez mujeres practicando algún tipo de ejercicio físico, en concreto en la famosa escena del canto VI que narra el encuentro entre Ulises y la princesa Nausícaa. La hija de los reyes

feacios, conduciendo su propio carro, acude a lavar la ropa a las aguas de un río cercano, y después de la comida ella y sus criadas inician un animado (aunque poco sofisticado) juego de pelota, que se interrumpe cuando un certero pelotazo acaba despertando al náufrago Ulises que dormía tras un matorral. Nos cuenta el erudito Ateneo (14d) que una supuesta compatriota de Nausícaa, la erudita Agálide de Corcira, atribuía a la princesa la invención de la pelota, de acuerdo con esa típica costumbre griega de buscarle un “primer inventor” a cualquier actividad o conquista humana. A esta erudita de Corcira la movía, sin duda de buena fe, su patriotismo local, pero lo cierto es que Agálide se equivocaba, puesto que unas muchachas aparecen jugando a la pelota ya en los frescos egipcios de Beni Hassan, de hacia 2000 a.C. (los juegos de pelota, por otro lado, se consideraban en la Antigüedad deportes especialmente aptos para las mujeres, y serán también uno de los ejercicios físicos predilectos de las mujeres romanas, como más adelante comentaremos).

No cabe duda de que en el pasaje mencionado Homero está describiendo una práctica habitual de los hombres y mujeres de su tiempo e incluso de siglos anteriores. En cambio, no podemos decir lo mismo de los mitos en los que aparecen mujeres practicando algún tipo de deporte: en la mayoría de los casos son personajes excepcionales, trasuntos humanos o semidivinos de la divina cazadora Ártemis. Es el caso de la ninfa Cirene, de quien queda prendado Apolo cuando la ve pelear con un león (de acuerdo con la descripción de la *Pítica* 9 de Píndaro), y especialmente de la deportista por excelencia del mito griego, Atalanta, que participa en la caza del jabalí de Calidón y a la que ni siquiera el héroe Peleo puede derrotar durante los juegos fúnebres en honor de Pelias (fig. 1) en la prueba de la lucha (o en la carrera, según otras fuentes); y tampoco la pudieron derrotar los aspirantes a casarse con ella, para lo cual debían vencerla en la carrera pedestre, hasta la llegada del llamado Hipómenes o Melanión, que logró vencerla y convertirla en su esposa, pero para ello tuvo que recurrir a la astucia más que a la rapidez de sus pies y hacer uso de las manzanas de oro que le había entregado Afrodita y que fue arrojando durante la carrera, aprovechando para obtener ventaja el tiempo que Atalanta iba deteniéndose a recogerlas. Cirene y Atalanta, como también las Danaides (como conductoras de carros las presenta el poeta lírico Melanípides, fr.757 *PMG*), son vírgenes cazadoras que desprecian el sexo y a los hombres, con quienes pretenden rivalizar adoptando comportamientos masculinos. Así pues, estas mujeres deportistas del mito griego no son mujeres “normales”, sino mujeres “hombrunas”, y al respecto es significativo un pasaje del final de la *República* en el que

Platón nos cuenta cómo las almas de diversos personajes van eligiendo nuevas vidas: “*el alma de Atalanta, cuando vio los grandes honores de un atleta, no pudo pasar de largo y los tomó para sí*”; Atalanta desea reencarnarse, pues, en un atleta, y como tal la representa la iconografía (fig. 2). En opinión de Bruno Gentili⁵, Cirene y Atalanta (igual que las muchachas de Braurón de las que hablaremos más adelante) son la encarnación del motivo de la “muchacha que huye” mientras mira hacia atrás hacia su perseguidor, un acto que representa simbólicamente la huída de la experiencia traumática de la boda.

Abandonando el mito, en la Grecia histórica los datos que nos informan sobre la dedicación de las mujeres al deporte proceden en especial de Esparta. En el sistema educativo espartano, como es sabido, el entrenamiento físico primaba sobre el intelectual, y la mujer participaba de él a todos los efectos, rasgo singular sin apenas paralelos en el mundo griego. Por supuesto, la participación de las muchachas en las prácticas deportivas espartanas era atribuida por la tradición al mítico legislador Licurgo, a quien se nos dice que movió principalmente el deseo de preparar futuras madres que gracias al deporte resistieran mejor los esfuerzos del parto (Plutarco, *Licurgo* 14.2) y dieran a luz hijos sanos y robustos, como nos dice Jenofonte en la *Constitución de los lacedemonios* (1.4): “*Licurgo...considerando que para las mujeres libres lo más importante era la procreación de hijos, en primer lugar ordenó que el sexo femenino ejercitarse su cuerpo no menos que el masculino, y en segundo lugar estableció para las mujeres, como también para los hombres, competiciones de velocidad y fuerza entre ellas, estimando que de unos padres fuertes nacen asimismo hijos más robustos*” (la idea se encontraba ya en la perdida *Constitución de los lacedemonios* de Critias, fr. 32 Diels-Kranz)⁶. También Aristóteles, por cierto, cuando describe su ciudad ideal en la *Política* (1260a21 ss.) insiste en que las embarazadas practiquen los ejercicios adecuados de preparación al parto. Por su parte Filóstrato (*Sobre la gimnasia* 27), puestos ya a ser prácticos, no olvida las ventajas que una mujer bien entrenada puede aportar al nuevo hogar una vez casada, pues “*no dudará en llevar*

⁵ En Gentili-Perusino, p.12.

⁶ Veinticinco siglos después, en 1934, “a pesar de toda esta expansión y de la presencia de la mujer en el mundo laboral y deportivo, las corrientes higienistas determinan la mayoría de las posiciones de la época frente a la práctica deportiva femenina, siendo ésta recomendada o rechazada en función de que ayudara o no a que las mujeres cumplieran su misión procreadora. En este mismo sentido se pronuncia también, en nuestro país, *Mundo deportivo*: ‘*Se ha comprendido que los deportes no alejan a la mujer de sus obligaciones femeninas, sino, al contrario de esto, que la disciplina deportiva aumenta el sentimiento del deber y, además de esto, hace más apropiada a la mujer para su misión como mujer y madre*’ ” (González Aja, *op. cit.*, p.76).

agua ni en moler a causa precisamente de los ejercicios físicos hechos desde su juventud".

Pero embarazadas y amas de casa no eran las únicas beneficiarias de la educación atlética espartana. En general, la ejercitación deportiva y la vida al aire libre de las muchachas espartanas contribuyeron notablemente a que la fama de su belleza y salud se extendiera por todas partes (ya en *Odisea* 13.412 Esparta es "la de hermosas mujeres"), como bien reflejan las palabras con las que la espartana Lampito es saludada por la ateniense Lisístrata en la comedia homónima de Aristófanes (vv.78 ss.; estamos en el año 411 a.C.): "*¡Hola Lampito, queridísima laconia! ¡Cómo reluce tu belleza, guapísima! ¡Qué buen color tienes y cuán lleno de vitalidad está tu cuerpo! ¡Hasta un toro podrías estrangular!*". A Lisístrata responde Lampito dándole el secreto de su belleza: "*¡Ya lo creo, por los dos dioses! Porque practico la gimnasia y salto dándome en el culo con los talones!*", aludiendo a un tipo de ejercicio típico de las espartanas llamado *bíbasis*, que consistía en saltar hasta tocarse los glúteos con los pies, ya fuera con los dos pies juntos o bien saltando alternativamente sobre cada una de las dos piernas.

¿Qué pruebas comprendía el entrenamiento físico de las espartanas? Ya hemos visto que, según Jenofonte, Licurgo "*ordenó que el sexo femenino ejercitase su cuerpo no menos que el masculino*", y parece indudable, dada la coincidencia de nuestras fuentes, que las jóvenes lacedemonias practicaban la carrera, la lucha, el salto y los lanzamientos de disco y jabalina, es decir, el pentatlo completo (cf. Eurípides, *Andrómaca* 595ss.; Plutarco, *Licurgo* 14.2; Propercio 3.14; Critias, fr. 32). Algunos testimonios invitan a pensar que tampoco desconocían la natación e incluso la equitación, mientras que las disciplinas más violentas, el boxeo y el pancrancio, parece que no formaban parte del entrenamiento físico de las espartanas, ya que únicamente Propercio (3.14) les atribuye la práctica de estas especialidades en su intento de presentarlas idealmente como una especie de Amazonas históricas.

La carrera es sin duda el deporte femenino de competición más extendido en la antigüedad y poseemos abundantes testimonios de su práctica por parte de las mujeres de Esparta. Pausanias (3.13.7; cf. Hesiquio, *sub voce* "*Dionisyádes*" y los escolios a Esquines 1.43) nos dice que a instancias del oráculo de Delfos se instituyó en las cercanías de Esparta un festival en honor de Dioniso que incluía una carrera entre once escogidas doncellas. Era, sin duda, una carrera ritual, pero ninguna de nuestras fuentes nos aclara su posible función, si era un rito de iniciación o, como sugiere Arrigoni, una

prueba que tenía como finalidad seleccionar nuevas sacerdotisas de Dioniso, entre las cuales se contaría la vencedora de la carrera. A su vez, como un rito iniciático de carácter prenupcial se interpretan generalmente (aunque la información de que disponemos es igualmente escasa) las carreras de mujeres que quizá se desarrollaban en el santuario de Helena y Menelao en Terapne, en las cercanías de Esparta, y en las cuales podían participar no sólo las hijas de los espartiatas, sino también las hijas de los periecos (al menos eso nos aseguran los escolios a Teócrito 18.22-23): se trataría de un ritual que miraría al matrimonio, al cual las jóvenes de Esparta llegaban en la plenitud de su forma física (nada sabemos de otra carrera pedestre que menciona Hesiquio ε 2823).

Este tipo de competiciones atléticas femeninas que podríamos llamar rituales, se desarrollaban fuera de la ciudad, sin la presencia de espectadores masculinos. En cambio, otro tipo de prácticas deportivas femeninas exigía la presencia, cuando no la participación directa, de los jóvenes espartanos. Se trata de actividades atléticas a las que se ha atribuido una función “erótica” con fines “políticos”; es decir, el entrenamiento físico de las muchachas espartanas en los gimnasios de la ciudad tendría como uno de sus objetivos principales estimular eróticamente a los jóvenes, con la vista puesta en el matrimonio y en la procreación de hijos. Esto nos conduce a referirnos a dos cuestiones muy debatidas: la promiscuidad de los sexos durante la práctica del deporte y la supuesta desnudez de las muchachas espartanas cuando realizaban sus ejercicios.

¿Las muchachas espartanas se entrenaban compitiendo contra oponentes masculinos, con el resultado de la estimulación del apetito sexual de unos y otros (con las mismas intenciones con las que Alcibíades esperaba despertar la libido de Sócrates invitándolo a acudir con él a la palestra y practicar allí la lucha, según leemos en el *Banquete* platónico)? A tal conclusión podría llegarse a partir de un célebre pasaje de la *Andrómaca* de Eurípides (vv.595 ss.), en el cual Peleo habla como un ateniense cuando afirma indignado que “*ni aunque quisiera podría ser casta ninguna muchacha espartana, pues juntamente con los hombres, tras abandonar sus casas, con los muslos desnudos y los peplos sueltos, tienen pistas de carreras y palestras comunes, insoportables para mí*”; y seis siglos después Filóstrato (*Sobre la gimnasia* 27) asegura que en Esparta hombres y mujeres “*practicaban el deporte juntos*”. Los intérpretes más escépticos sostienen, en cambio, que ambos textos podrían interpretarse también en el sentido de que chicos y chicas compartían los mismos lugares de entrenamiento, pero

que no necesariamente ha de pensarse que entrenaran juntos. Por otro lado, sobre la existencia de luchas mixtas tenemos alguna que otra noticia más; así, los escolios a Juvenal 4.53 nos transmiten la noticia de que el noble romano Palfurio Sura intervino en una competición deportiva luchando contra una muchacha espartana, y Ateneo (566e) nos proporciona un posible paralelo fuera de Esparta (y no en ámbito dorio, sino jonio) para competiciones mixtas cuando nos dice que en la isla de Quíos “*es muy agradable...ver a los jóvenes combatir en la lucha contra las muchachas*”. Mientras que algunos estudiosos como Arrigoni, Arieti y Patrucco consideran fidedigna esta última noticia y la interpretan como un nuevo ejemplo de prácticas deportivas femeninas tendentes a provocar el estímulo sexual de los jóvenes, otros, más escépticos, califican estas informaciones como “cotilleos de sociedad más que datos serios sobre el deporte femenino” (Harris, Weiler). La posible existencia de luchas mixtas está documentada también, aunque esporádicamente, entre los etruscos, a juzgar por la imagen representada en el asa de una tapadera de bronce de mediados del siglo IV a.C.⁷.

Sea como fuere, aunque no podamos estar seguros de si los entrenamientos mixtos se practicaban en Esparta, si estamos en condiciones de afirmar al menos que muchachos y muchachas compartían los mismos lugares de entrenamiento, y eso probablemente baste para seguir manteniendo la existencia de una función “erótica” del deporte espartano. Y algo semejante debemos decir a propósito de la desnudez de las mujeres cuando se ejercitaban en público (la desnudez, como es bien sabido, es la norma en el caso del deporte masculino). A partir de los versos de Propercio (3.14.1-4) “*muchas reglas de tu palestra, Esparta, admiramos, pero especialmente tantas excelencias del gimnasio de las doncellas, pues sin mala reputación se ejercita desnuda una muchacha entre hombres que luchan*”, es casi un lugar común afirmar que las espartanas entrenaban y competían desnudas. Pero la aseveración de Propercio choca con lo que, cuatro siglos antes y en plena época clásica, indican los ya citados versos de la *Andrómaca* de Eurípides, en los que se dice que las muchachas espartanas practicaban el deporte “*con los muslos desnudos y los peplos sueltos*”, es decir, vistiendo una breve túnica que dejaban ver buena parte de los muslos (y que justifica el epíteto “enseñamuslos” con el que las califica el poeta Íbico de Regio, fr. 339 *PMG*, en el siglo VI a.C.). La iconografía, por otro lado, nos presenta a las corredoras espartanas vistiendo túnicas más o menos largas (fig. 3), de manera que quizá tengan razón quienes

⁷ Cf. Olivova, p.158.

sostienen que las muchachas espartanas se ejercitaban generalmente vestidas (el hecho de que pudieran ir más o menos ligeras de ropa no dejaría de ser un estímulo para los espectadores masculinos), y la desnudez quedaba limitada por un lado a ciertas procesiones de las que nos habla Plutarco (*Licurgo* 14.2 ss.) cuando afirma que el legendario legislador espartano “*eliminando toda forma de molicie, educación sedentaria y feminidad, acostumbro a las muchachas no menos que a los muchachos a participar desnudas en procesiones y a cantar y a bailar en algunas festividades religiosas, estando presentes los jóvenes como espectadores...La desnudez de las doncellas no tenía nada de indecoroso, ya que estaba presente el pudor y ausente la incontinencia*”; y por otro lado la desnudez podría ser también habitual en las competiciones rituales que tenían lugar fuera de la ciudad y sin la presencia de espectadores. Así por ejemplo, Teócrito pudo haber tenido en mente las antes citadas carreras en honor de Helena que se celebraban en Terapne cuando en su poema *Epitalamio de Helena* (vv.22-23) las compañeras de la heroína recuerdan la época feliz en la que practicaban carreras “*ungidas a la usanza de los hombres* (y por lo tanto desnudas) *junto a los baños del Eurotas*”. A partir de ocasiones como éstas, los escritores posteriores habrían extendido la desnudez a todas las actividades físicas de las espartanas, ya fuera para acentuar los rasgos escandalosos (dado que el mostrarse desnudo en público repugnaba grandemente el gusto de los romanos) ya para acentuar el contraste entre la idealizada vida natural de la antigua Esparta y la complicada vida de una gran ciudad moderna como Roma, como ocurre en el poema de Propercio.

Como es bien conocido, el sistema educativo espartano influyó notablemente en las teorías de Platón sobre la organización de la ciudad ideal, y eso incluye la educación física de las mujeres. Platón, en efecto, se aparta claramente del sistema educativo ateniense cuando dispone para las mujeres de su estado ideal el mismo entrenamiento físico que para los hombres, ya sea ejercitándose juntos (según se deduce de *República* 452a-b), ya sea ejercitándose por separado (*Leyes* 794c) y vistiendo las mujeres ideales de Platón “*el atuendo apropiado*” (*Leyes* 833c).

Las propuestas de Platón a este respecto apenas tuvieron eco, no sólo en Atenas (de hecho, Aristóteles, *Política* 1260a21, niega a las mujeres la posibilidad de recibir la misma educación que los hombres), sino en general en el resto de Grecia, y un entrenamiento físico serio y continuado difícilmente entraba en la educación de la mujer. No obstante, es posible que existiera algún tipo de formación física, aunque fuera

limitada, a juzgar por las competiciones que, normalmente en el marco de algún culto, contaban con participación femenina a lo largo y ancho del mundo griego.

Ya se ha dicho que la carrera pedestre es el deporte femenino por excelencia en la antigua Grecia. Quizá el testimonio más antiguo al respecto provenga de un lugar y una época especiales para las mujeres: la Lesbos del siglo VII a.C. Se trata, en efecto, de un posible fragmento de Safo (recogido por Voigt con el nº 11 entre los fragmentos lesbios de autor incierto), que dice “*enseñó a Hero de Guáaros, la rápida en la carrera*”. Nada cierto puede deducirse de tan exiguo fragmento, y más si tenemos en cuenta que desconocemos el contexto en que se inscribía y que para colmo el texto que ha llegado hasta nosotros no es seguro que esté sano. En tales condiciones, la constatación de la rapidez de Hero puede no tener nada que ver con una competición deportiva (Bernardini), aunque se ha pensado también que pudiera apuntar a la existencia de carreras femeninas en Lesbos, que (puestos a conjeturar) se han relacionado incluso con los concursos de belleza que se celebraban en la isla en el marco del culto a Hera, con vistas a los cuales las jóvenes entrenarían sus cuerpos.

La documentación iconográfica atestigua la posible existencia de carreras de muchachas como parte de los rituales de iniciación prenupciales que tenían lugar en el santuario de Ártemis en Braurón, no lejos de Atenas. La iconografía, en efecto, nos muestra corriendo a muchachas de diversas edades en el santuario de Braurón (las llamadas “osas”) y en otros lugares del Ática, como el Pireo, Salamina o Eleusis. Ahora bien, ¿qué representan esas carreras? Digamos, en primer lugar, que unas corredoras aparecen vestidas y otras desnudas, un hecho que algunos estudiosos (Kahil, Sourvinou-Inwood) han interpretado en el sentido de que las chicas que corren con una breve túnica son las que se encuentran en la primera etapa de la iniciación y las que corren desnudas son las que están a punto de culminar el proceso⁸, mientras que para otros (Scanlon) la desnudez no estaba ligada a una edad determinada, sino que el rito comprendía una parte que las muchachas debían desarrollar desnudas y otra en que debían hacerlo vestidas, quizá simbolizando (como quiere Pierre Vidal-Naquet) el paso del estado “salvaje” (representado por la desnudez) al estado “civilizado” y “doméstico” (representado por el vestido)⁹. Es probable, por otro lado, que, como ha defendido

⁸ De muy dudosa credibilidad nos parece una noticia transmitida por la *Suda* y los escolios a Aristófanes, *Lisístrata* 645, según la cual las niñas que participaban en los ritos de Braurón tenían entre 5 y 10 años.

⁹ Osborne defiende, en cambio, la hipótesis contraria: del vestido se pasaba al desnudo, que simboliza un nuevo “nacimiento” como condición previa para el inicio de la nueva vida adulta que las muchachas van a emprender.

Scanlon con buenos argumentos, el ritual de Braurón no consistiera en una carrera atlética, sino en una especie de juego competitivo de persecución, en el cual una muchacha que representa el papel de “osa” debe dar caza a otra que hace de “víctima”, repitiendo así ritualmente el acto al que se hacían remontar los orígenes del culto (según nos cuentan la *Suda* y los escolios a Aristófanes, *Lisístrata* 645): una osa es entregada a (o vaga por) un santuario y es domesticada; una muchacha juega con la osa, que por un momento recuerda su naturaleza salvaje y de un zarpazo mata (o deja ciega) a la joven, cuyos hermanos matan a la osa; entonces Ártemis (o un oráculo que consultan los atenienses para acabar con una epidemia) ordena que, para expiar la muerte de la osa sagrada, todas las muchachas del Ática deben “hacer la osa” (*arkteúesthai*) antes del matrimonio.

Pero la competición femenina más importante de la antigua Grecia, también una carrera pedestre, era la que tenía lugar en honor de Hera en el santuario de Olimpia, la cual tampoco deja de plantear sus problemas, dado que nuestra casi exclusiva fuente de información es un pasaje de Pausanias (5.16.2-3): *“Cada cuatro años tejen a Hera un peplo las 16 mujeres y ellas mismas convocan una competición, los Juegos Hereos. La competición consiste en una carrera para muchachas, no todas de la misma edad, sino que corren las primeras las más jóvenes y después de ellas las segundas en edad y las últimas las muchachas que son mayores. Y corren de la siguiente manera: llevan suelto el cabello y una túnica les llega un poco por encima de la rodilla y enseñan el hombro derecho hasta el pecho. También a ellas les está asignado para la competición el estadio olímpico, pero se les reduce para la carrera aproximadamente la sexta parte de él. A las vencedoras les conceden coronas de olivo y parte de la vaca sacrificada a Hera, y además les está permitido ofrendar imágenes con inscripciones. Y también hay mujeres que prestan ayuda a las 16 que dirigen estas competiciones. Estos juegos de muchachas los hacen remontar también a una época antigua, diciéndose que Hipodamía, para dar gracias a Hera por su boda con Pélope, reunió a las 16 mujeres y con ellas fue la primera en organizar los Juegos Hereos”*.

Aun siendo bastante pormenorizada, la descripción de Pausanias deja puntos oscuros que ninguna otra fuente contribuye a aclarar. Al igual que los Juegos Olímpicos, los Hereos tenían lugar cada cuatro años, pero no sabemos si se celebraban el mismo año y por la misma época que los Olímpicos (Scanlon piensa, por ejemplo, que pudieran celebrarse inmediatamente antes que las competiciones masculinas, de manera que las mujeres pudieran viajar a Olimpia acompañadas de sus parientes

masculinos). Tampoco sabemos si los Juegos Hereos son o no más antiguos que los Olímpicos. Es evidente que entre ambos existen numerosos aspectos comunes, además de la periodicidad cuatrienal: las mujeres corrían en el mismo estadio que los hombres, y, como los hombres, recibían como premio una corona de olivo, participaban del sacrificio de un animal y las vencedoras tenían el derecho de erigir en el santuario una estatua conmemorativa de su triunfo¹⁰; además, el colegio de 16 mujeres que presidían la competición era la versión femenina de los jueces que arbitraban los Juegos Olímpicos, los llamados helanódicas, etc. Naturalmente, la constatación de estas semejanzas puede conducir a dos conclusiones opuestas, y así ha ocurrido, ya que unos estudiosos han supuesto que el festival de Hera se conformó sobre el modelo de los Juegos Olímpicos (Gardiner)¹¹, mientras que otros sostienen lo contrario y fechan los Juegos Hereos antes que los Olímpicos (Deubner, pensando en la datación del templo de Hera en Olimpia; Mehl y Eisen, encontrando en los cultos de Olimpia reflejos de la antigua sociedad matriarcal).

Por otro lado, en el pasaje antes citado Pausanias alude a la versión mítica del origen de los Juegos en honor de Hera, que remontarían a la competición que habría organizado Hipodamía para agradecer a la diosa sus bodas con Pélope (de manera que, en la cronología mítica, los Juegos Hereos serían prácticamente contemporáneos de los Juegos Olímpicos). Pero poco más adelante el propio Pausanias (5.16.5-7) consigna la tradición que podríamos llamar histórica sobre el origen de la competición: *“Dicen que Demofonte era tirano de Pisa (la ciudad vecina de Olimpia) y que cometía contra los eleos muchas crueldades. Y cuando murió Demofonte, como ciertamente los habitantes de Pisa no consentían en hacerse responsables como pueblo de las faltas del tirano, y también a los eleos les resultó grato disolver las acusaciones que se les imputaban, eligieron una mujer de cada una de las 16 ciudades de Élide que todavía permanecían habitadas por entonces para que acabaran con sus diferencias, la que fuera por su edad mayor y sobresaliera entre las mujeres por su prestigio y fama...Las mujeres de esas ciudades hicieron la paz entre pisatas y eleos, y luego también les fue encomendado organizar una competición, los Juegos Hereos, y tejer el peplo para Hera”*. Estos hechos se datan en torno al año 580 a.C., pero, dado que no disponemos de

¹⁰ La vestimenta descrita por Pausanias recuerda la que lleva la muchacha representada en una estatua de mármol, de 1'54 de altura (llamada la “corredora Vaticana”; fig. 4) que pudiera ser copia de una estatua originalmente dedicada por una vencedora en los Juegos Hereos hacia 460 a.C. (Museos Vaticanos, Galleria dei Candelabri, XXXIV.36.1, inv. 2784). Véase también una estatuilla de bronce de procedencia espartana hallada en Epiro, de ca. 520 y conservada en el Museo Británico, GR 1876, 5-10.1, Bronze 208.

¹¹ Gardiner, 1930, p. 42.

ningún otro testimonio al respecto, no podemos saber si la carrera femenina en honor de Hera se celebró entonces por vez primera o, más bien, se trató de una reorganización de una competición más antigua (Serwint, Scanlon), que fue lo que por las mismas fechas ocurrió en el caso de los Juegos Olímpicos masculinos y también de los otros grandes festivales panhelénicos, los Juegos Píticos, Ístmicos y Nemeos, que conocieron por esas fechas una reorganización y consolidación definitiva, pero ya existían con anterioridad.

En lo que sí hay bastante acuerdo entre los estudiosos es en la función de esta competición pedestre femenina: la carrera formaba parte probablemente de un ritual de carácter prematrimonial, en el que la carrera representaba la huída, la vida “salvaje” de las muchachas antes de ser “domesticadas” para el matrimonio y quedar entonces relegadas principalmente al ámbito del hogar. En ese sentido, el peplo que se entregaba a Hera era, como en otros muchos rituales semejantes, la representación de los peplos nupciales de las futuras novias. En tal caso, y dado que hay noticias que parecen indicar que en los Juegos Hereos participaban muchachas procedentes de zonas diversas de Grecia, es posible que en origen fueran ritos reservados a las muchachas del lugar (como los similares de Braurón o Esparta) y a partir de cierto momento se abrieran también a otras ciudades, quizá después de la posible reorganización de comienzos del siglo VI a.C. y a semejanza de los juegos masculinos.

Así pues, durante unas horas, mientras duraban los Juegos Hereos, las mujeres eran las dueñas de Olimpia. En cambio, durante la celebración de los Juegos Olímpicos las mujeres (al menos las mujeres casadas) tenían prohibido el acceso al santuario, y la violación de tal prohibición estaba penada con la muerte, debiendo ser arrojada la infractora por los barrancos del monte llamado Tipeo. El inevitable Pausanias (5.6.7-8; cf. 6.7.1 ss., así como Filóstrato, *Sobre la gimnasia* 17, y Eliano *Historias variadas* 10.1) menciona un único intento de violar el tabú, que terminó felizmente. Una viuda llamada Calipatira (o Ferenice) consiguió introducirse en Olimpia disfrazada de entrenador, con el deseo de ver a su hijo Pisírrodo competir en el pugilato. Cuando éste consiguió la victoria, Calipatira, exultante de alegría, saltó la barrera tras la cual se situaban los entrenadores, con tan mala fortuna que se le engancharon sus vestiduras en una madera y quedó a la vista su condición femenina. A Calipatira se le perdonó la vida por ser hija, hermana y madre de vencedores olímpicos (su padre fue uno de los más grandes atletas de la Antigüedad, Diágoras de Rodas), y de resultas de este suceso se estableció la norma de que en adelante también los entrenadores debían presentarse desnudos en el estadio olímpico.

Una mujer casada o viuda, como Calipatira, no podía entrar en el santuario de Olimpia durante la celebración de los Juegos Olímpicos. Pero ¿afectaba esa prohibición a todas las mujeres? De nuevo Pausanias (6.20.9) comenta que una mujer, la sacerdotisa de Deméter Camine, podía asistir como espectadora a los Juegos Olímpicos y ocupaba además un lugar de honor en el estadio, un hecho que confirma también un texto de Suetonio (medio siglo anterior a Pausanias) en el que se dice que Nerón organizó en Roma juegos a la manera griega e “*invitó incluso a presenciar las competiciones de atletas a las vírgenes Vestales, porque en Olimpia también se permite a las sacerdotisas de Ceres contemplar tal espectáculo*” (Nerón 12.4). Pero Pausanias añade a continuación que la prohibición de asistir a los Juegos no incluía a las doncellas, que sí podían hacerlo. Hay autores (Harris, Piernavieja, Assa, etc.) que consideran que esta última afirmación de Pausanias es errónea (estaría en contradicción con lo que dice en 5.13.10), mientras que otros consideran probable que efectivamente las doncellas pudieran asistir como espectadoras a los Juegos Olímpicos. Ahora bien, no nos es posible determinar por qué únicamente las solteras y no las casadas ostentaban tal privilegio. Giampietra Arrigoni, de acuerdo con su interpretación global de las competiciones deportivas femeninas de la antigua Grecia, concluye que “el permiso de asistir a las competiciones deportivas masculinas tenía probablemente como fin una acción mimética, suscitar una especie de estímulo emulativo entre las jóvenes, como si asistir a las proezas masculinas pudiese ‘recargarlas’ para su propia competición deportiva” (suponiendo, por tanto, que los Juegos Hereos tenían lugar después de los Olímpicos). Pocas noticias, y a veces pintorescas, nos ofrecen al respecto nuestras fuentes antiguas¹². Claudio Eliano (*Naturaleza de los animales* 5.17) afirma, con una comparación un tanto peculiar, que durante la celebración de los Juegos Olímpicos las moscas desaparecían “como las mujeres”, las cuales no podían asistir a los juegos debido a “*las reglas de la competición y la abstinencia (sexual) que prescribían*”, una afirmación que parece apuntar en el sentido de que, en contra de lo que asegura Pausanias, tampoco podían estar presentes entre los espectadores apetitosas doncellas que pudiesen incitar a los atletas a pensar en romper la obligada abstinencia. Por otro lado, el hecho de que los atletas compitiesen desnudos no supone en absoluto ningún obstáculo contra la presencia de doncellas como espectadoras; piénsese, por ejemplo, que los jóvenes que participaban en las carreras de relevos con antorchas que tenían

¹² Véase también Antonino Liberal, *Metamorfosis* 32 (traducción y comentario de J.R. del Canto, Madrid, Akal, 2003).

lugar en Atenas (y en otras ciudades griegas), recorrían desnudos las calles de la ciudad sin espantar ni a tiernas doncellas ni a ancianas resabiadas¹³.

No sabemos con seguridad si la presencia femenina estaba prohibida igualmente en los Juegos Píticos, Ístmicos, Nemeos, Panateneos y en otras competiciones menores. El poeta siracusano Sofrón, del siglo V a.C., compuso un mimo titulado *Las espectadoras de los Juegos Ístmicos*, cuyo argumento desconocemos totalmente (¿reflejaba una situación real? ¿era una parodia que incluía un hecho extravagante como unas mujeres presenciando un festival atlético?)¹⁴.

Como vamos viendo, las informaciones que las fuentes antiguas nos transmiten a propósito del deporte femenino son no sólo escasas, sino que además (en parte como consecuencia de ello) con mucha frecuencia resultan difíciles de interpretar. Esto vale también para algunas noticias a partir de las que podría deducirse que en época imperial (e incluso ya antes) las competiciones femeninas entraron a formar parte del programa de importantes juegos, incluso de los Juegos Panhelénicos. Nuestro documento más importante al respecto es una inscripción bastante extensa que se data hacia 45 p.C. y que fue hallada en Delfos, en el pedestal de las estatuas que dedicó un padre orgulloso, Hermesianacte de la ciudad caria de Trales, a tres muy atléticas hijas suyas (SIG III 802)¹⁵:

“Hermesianacte, hijo de Dionisio, ciudadano de Cesarea Trales, y también de Corinto, lo dedica a sus hijas, que tienen también ellas las mismas ciudadanías,

a Trifosa, que venció en los Juegos Píticos cuando eran agonotetas Antígono y Cleomáquidas, y en los Juegos Ístmicos cuando era agonoteta Juvencio Proclo, en la carrera del estadio de manera sucesiva, la primera entre las doncellas,

¹³ Diferente era la situación en el mundo romano, donde la desnudez fue una de las razones por las cuales el deporte griego no arraigó en el Occidente romano. Suetonio afirma en la *Vida de Augusto* 44.2-3 que Augusto prohibió la presencia de mujeres como espectadoras de juegos atléticos (los atletas competían desnudos), y en cambio les permitía asistir a los combates de gladiadores, ocupando, eso sí, los asientos superiores y no mezclándose con los hombres, como antes se acostumbraba. En el circo, en cambio, hombres y mujeres se sentaban juntos para presenciar las pruebas hípicas, lo cual ofrecía buenas ocasiones para intentar acercamientos amorosos, como comenta Ovidio, *Amores* 3.2.19 (cf. Decker-Thuillier, pp.205-206). La asistencia conjunta de hombres y mujeres a los espectáculos deportivos se documenta también entre los etruscos, como muestran, por ejemplo, los frescos de la “tumba de las bigas” de Tarquinia (cf. Decker-Thuillier, fig. 96).

¹⁴ Según los escolios a Píndaro, *Olímpica* 13.158, esos Juegos Ístmicos eran los que celebraban los siracusanos siguiendo el modelo de los juegos homónimos que organizaba su metrópoli Corinto.

¹⁵ Es la inscripción n° 9 de H.W. Pleket, *Epigraphica II. Texts in the social history of the Greek world*, Leiden 1969, y la n° 62 de Moretti.

a Hedeia, que venció en los Juegos Ístmicos cuando era agonoteta Cornelio Pulcro en la carrera de carros armados, y en los Juegos Nemeos en la carrera del estadio cuando era agonoteta Antígono, y en Sición cuando era agonoteta Menetas; y venció también en la competición de niños citaredos en los ‘Sebastia’ de Atenas cuando era agonoteta Novio, hijo de Filino, y fue la primera doncella en ser hecha ciudadana de...a su edad,

a Dionisia, que venció...cuando era agonoteta Antígono, y en los Juegos de Asclepio en la sacra Epidauro cuando era agonoteta Nicótelo, en la carrera del estadio.

Dedicado a Apolo Pitio”.

El impresionante palmarés de las tres muchachas, que incluye competiciones no sólo atléticas sino también musicales, ha sido objeto de diversas interpretaciones. De la inscripción parece deducirse que tanto en las competiciones locales como en los grandes juegos (los Píticos, los Ístmicos y los Nemeos se citan explícitamente) se fueron introduciendo competiciones femeninas a partir del modelo de los varones, como confirmaría igualmente una inscripción griega en lengua latina que nos habla de una “competición de muchachas” introducida por Lucio Castricio Régulo en los Juegos Ístmicos del año 23 p.C.¹⁶. Ahora bien, nos parece discutible (contra lo que opina Mantas) que estas competiciones femeninas se disputaran de manera sistemática y periódica y permitieran a las jóvenes desarrollar incluso una carrera deportiva más o menos profesional; las investigaciones recientes (Langenfeld, Laemmer, Bernardini, etc.) se inclinan más bien por la idea de que esas competiciones femeninas tenían lugar esporádicamente, promovidas por políticos influyentes y ciudadanos ricos que pretendían mostrar con orgullo las cualidades de sus hijas. También se está en general de acuerdo en que no se trataba de competiciones mixtas, con excepción de las disciplinas musicales, en las cuales es probable que las muchachas competieran contra los varones (Plutarco, *Problemas de banquete* 675b, afirma que ya en el siglo III a.C. Aristómaca de Eritras venció por dos veces en los Juegos Ístmicos en la competición de poesía épica).

Nuestras fuentes, aún con cuentagotas, nos hablan de otras competiciones deportivas femeninas en época imperial (tanto en el ámbito griego como en el latino) aunque tales noticias resultan a veces de autenticidad muy dudosa. El autor de una

¹⁶ Arrigoni, 110-111; Bernardini.

anotación marginal al texto de Pausanias en el que se describen los Juegos Hereos, contenida en el manuscrito *Parisinus* 1410, afirma haber visto en Patras “sobre las ruinas de edificios antiguos” una inscripción con la siguiente dedicatoria: “A *Nicégora, hermana dulcísima, vencedora en el estadio en la carrera de doncellas, yo, Nicófilo, aquí dedico una estatua de mármol de Paros*”; la inscripción, si existió alguna vez, no se ha conservado, de manera que nada podemos decir sobre el lugar y la fecha en los que Nicégora obtuvo su supuesta victoria. Otra noticia cuya veracidad ha sido igualmente puesta en duda (en nuestra opinión sin argumentos sólida) procede del cronógrafo bizantino del siglo VI Juan Malalás (12.288), quien afirma que a finales del II p.C. los Juegos Olímpicos de Antioquía de Siria incluían competiciones femeninas de lucha, carreras, filosofía y canto, y las vencedoras en ellas quedaban consagradas como sacerdotisas (de nuevo encontramos, pues, un vínculo directísimo entre deporte femenino y culto). Finalmente, algunas noticias nos indican que se incluían carreras de mujeres también en los relativamente escasos juegos a la manera griega que se organizaban en Italia: una inscripción (*SEG XIV, n° 602*)¹⁷ nos informa de la victoria conseguida por una mujer casada (lo que sería un caso excepcional) en una carrera reservada a hijas de magistrados durante los *Sebasteia* napolitanos del año 154 p.C., en tanto que Suetonio, en la *Vida de Domiciano* 4.4, nos dice que este emperador organizó, a partir de 86 p.C., unos *agones* a la griega, los Juegos Capitolinos, que incluían una carrera de doncellas, probablemente siguiendo el modelo de los Juegos Hereos, puesto que los Juegos Capitolinos se conformaron sobre los Juegos Olímpicos (cf. también Dión Casio 67.8).

A todas estas informaciones debemos añadir también diversas noticias, procedentes de fuentes epigráficas (sobre todo en Asia Menor) que para la época imperial nos hablan de la admisión de mujeres en los gimnasios griegos. Y, en lo que respecta al mundo romano, los poetas satíricos latinos se burlan de la afición maniática por el deporte que, según su descripción, se extendió por Roma en la segunda mitad del siglo I y primera del II p.C., y de la que no se libraron tampoco las mujeres. Fémimas locas por el deporte¹⁸ aparecen, en efecto, en la sátira latina, como por ejemplo en Marcial 7.67, donde las corrosivas palabras del poeta tienen como blanco a una tal Filénide, que es descrita jugando con gran pasión a la pelota, rebozándose de arena en la

¹⁷ Inscripción 17 de Pleket. Véase también Moretti, p.169.

¹⁸ Y en concreto locas por los gladiadores, que parece despertaban locas pasiones entre las romanas (Juvenal 9.197; Ovidio, *Amores* 3.2, *Arte de amar* 1.135; Petronio 126.6, etc.).

palestra, subiendo y bajando pesas, recibiendo masajes toda ungida de aceite, y bebiendo su buena cantidad de vino mientras se zampa como si nada 16 *coloephia* (o *colyphia*, una especie de albóndigas que formaban parte de la dieta habitual de los atletas) antes de iniciar los combates sexuales a los que Marcial se refiere. Los ataques de Marcial son, en todo caso, un anticipo en 19 siglos de los prejuicios contra las mujeres atletas que encontrábamos reflejados en la revista *Aire libre* (también hispana, como el poeta de Bílbilis), ya que la tal Filénide es presentada por Marcial como una lesbiana obsesa por el sexo (es decir, pertenecería al tipo “marimacho” por usar el término empleado por el no muy afortunado cronista de la mencionada revista)¹⁹.

Hablábamos antes de la presencia de mujeres como espectadoras de las luchas de gladiadores. Pero aún hay más: nuestras fuentes aluden de cuando en cuando a la existencia de mujeres gladiadoras, notando incluso la ferocidad de sus enfrentamientos. Tácito (*Anales* 15.32) afirma que en el año 63 p.C., durante el reinado de Nerón, “*hubo también espectáculos de gladiadores, con la misma magnificencia que los precedentes; pero un mayor número de damas ilustres y senadores se deshonoró en la arena*”²⁰. De todas formas, no debía de ser raro que los combates en los que intervenían mujeres gladiadoras se convirtieran en chuscas parodias más próximas a los pintorescos espectáculos del “bombero torero” que a auténticas luchas de gladiadores; al menos así se deduce de un pasaje de Dión Casio (67.8) en el que leemos que en los espectáculos organizados por Domiciano había ocasiones en que se incluían enfrentamientos entre enanos y mujeres.

Obviamente, este tipo de competiciones respondían a un deseo de sorprender al público con alguna exótica novedad más o menos deportiva, y no se trataba del tipo de ejercicios físicos practicados habitualmente por las mujeres romanas. En Roma, como en Grecia, las disciplinas deportivas más características de las mujeres siguieron siendo las carreras pedestres y los juegos de pelota, a pesar de que Ovidio (*Arte de amar* 3.383-386) no considere adecuados a la débil naturaleza de las *puellae* los juegos con las *pilae celeres*. A la abundante documentación literaria que nos presenta a mujeres jugando a la pelota (basta leer los epigramas de Marcial), se añaden también los testimonios iconográficos. En las pinturas de la tumba de via Portuense en Roma, de la segunda mitad del siglo II p.C., aparecen dos mujeres jugando a la pelota junto con dos

¹⁹ Juvenal (2.53) reconoce que, en todo caso, “pocas son las que practican la lucha, pocas las que comen albóndigas”.

²⁰ Se trataba de *pulsiones* o peleas ficticias, en las cuales bajaban a la arena personas del público; cf. A. Ceballos, *Los espectáculos en la Hispania romana: la documentación epigráfica*, Mérida 2004, p.125.

hombres²¹, y también dos muchachas juegan a la pelota en los famosos mosaicos de las “chicas en bikini” de la villa siciliana de Piazza Armerina, de comienzos del siglo IV (fig. 5). En estos mosaicos, las muchachas también lanzan el disco, saltan longitud y corren (fig. 6), por lo que Hugh M. Lee ha sugerido la hipótesis de que se trate de la representación iconográfica de un pentatlo femenino en el cual el juego de pelota habría sustituido a una prueba violenta para las mujeres como la lucha (la quinta disciplina, el lanzamiento de jabalina, habría estado representada en el mosaico perdido a la izquierda de la saltadora de longitud). Por otro lado, el hecho de que aparezca una juez-árbitro con la palma y la corona de la victoria (fig. 7) parece indicar que estamos contemplando una competición deportiva, aunque nada puede decirse sobre el contexto en el que tenía lugar.

En todo caso, la Nausícaa homérica y las saltadoras del toro cretenses, por un lado, y este último y magnífico testimonio ya tardío, por otro, ilustran la longevidad del deporte femenino en el mundo grecorromano, aunque el acceso de las mujeres a la práctica del deporte no fuera demasiado fácil y las competiciones atléticas femeninas en la antigüedad grecorromana no fueran muy abundantes ni llegaran a disputarse quizá de manera muy regular ni a atraer la atención masiva del público. Pero al menos podemos decir que tenemos documentado el deporte femenino desde el principio hasta el final de la Antigüedad grecorromana.

²¹ Estamos de acuerdo con Thuillier (en Decker-Thuillier, p.173) en que “más que una evocación de la vida del más allá o la representación de una iniciación, nos parece lo más simple suponer que se trata de una alusión a un momento feliz pero banal de la vida cotidiana de los romanos”.

EL DEPORTE FEMENINO EN GRECIA Y ROMA

Fernando García Romero, Dto. de Filología Griega y Lingüística Indoeuropea de la Universidad Complutense de Madrid

TEXTOS

1) IG V.1 n° 1564a. (IvO 160) = Antología Palatina 13.16.

Σπάρτας μὲν [βασιλῆες ἐμοὶ] πατέρες καὶ ἀδελφοί,
 ἄ[ρματι δ' ὠκυπόδων ἵππων] νικῶσα Κυνίσκα
 εἰκόνα τάνδ' ἔστασε. μόν[αν] δ' ἐμέ φαμι γυναικῶν
 Ἑλλάδος ἐκ πάσας τό[ν]δε λαβεῖν στέφανον.

2) Plutarco, Agesilao 20.1: βουλόμενος ἐνδείξασθαι τοῖς Ἑλλησιν ὡς οὐδεμιᾶς ἐστὶν ἀρετῆς, ἀλλὰ πλούτου καὶ δαπάνης ἢ νίκη.

3) Aristófanes, Lisístrata 78 ss.:

Λυ. ὦ φιλτάτη Λάκαινα, χαῖρε Λαμπιτοῖ
 οἶον τὸ κάλλος, ὦ γλυκυτάτη, φαίνεται.
 ὡς δ' εὐχροεῖς, ὡς δὲ σφριγᾶ τὸ σῶμά σου.
 κἂν ταῦρον ἄγχοις.

Λαμ. μάλα γ', οἶῶ, ναὶ τῷ σιῶ.
 Γυμνάδδομαι γὰρ καὶ ποτὶ πυγὰν ἄλλομαι.

4) Propertio 3.14.1 ss.:

Multa tuae, Sparte, miramur iura palaestrae,
 sed mage uirginei tot bona gymnasii,
 quod non infamis exercet corpore ludos
 inter luctantis nuda puella uiros,

5) ¿Safo? fr. 11 Lesbia incerti auctoris Voigt: Ἦρων ἐδίδαξε Γυάρων τὰν ἀνυόδρομον

6) Pausanias 5.16.2-3: Cada cuatro años tejen a Hera un peplo las 16 mujeres y ellas mismas convocan una competición, los Juegos Hereos. La competición consiste en una carrera para muchachas, no todas de la misma edad, sino que corren las primeras las más jóvenes y después de ellas las segundas en edad y las últimas las muchachas que son mayores. Y corren de la siguiente manera: llevan suelto el cabello y una túnica les llega un poco por encima de la rodilla y enseñan el hombro derecho hasta el pecho. También a ellas les está asignado para la competición el estadio olímpico, pero se les reduce para la carrera aproximadamente la sexta parte de él. A las vencedoras les conceden coronas de olivo y parte de la vaca sacrificada a Hera, y además les está permitido ofrendar imágenes con inscripciones. Y también hay mujeres que prestan ayuda a las 16 que dirigen estas competiciones. Estos juegos de muchachas los hacen remontar también a una época antigua, diciéndose que Hipodamía, para dar gracias a Hera por su boda con Pélope, reunió a las 16 mujeres y con ellas fue la primera en organizar los Juegos Hereos.

7) Pausanias 5.16.5-7: Dicen que Demofonte era tirano de Pisa y que cometía contra los eleos muchas crueldades. Y cuando murió Demofonte, como ciertamente los habitantes

de Pisa no consentían en hacerse responsables como pueblo de las faltas del tirano, y también a los eleos les resultó grato disolver las acusaciones que se les imputaban, eligieron una mujer de cada una de las 16 ciudades de Élide que todavía permanecían habitadas por entonces para que acabaran con sus diferencias, la que fuera por su edad mayor y sobresaliera entre las mujeres por su prestigio y fama...Las mujeres de esas ciudades hicieron la paz entre pisatas y eleos, y luego también les fue encomendado organizar una competición, los Juegos Hereos, y tejer el peplo para Hera.

8) Inscripción de Delfos (SIG III 802):

Hermesianacte, hijo de Dionisio, ciudadano de Cesarea Trales, y también de Corinto, lo dedica a sus hijas, que tienen también ellas las mismas ciudadanías,
a Trifosa, que venció en los Juegos Píticos cuando eran agonotetas Antígono y Cleomáquidas, y en los Juegos Ístmicos cuando era agonoteta Juvencio Proclo, en la carrera del estadio de manera sucesiva, la primera entre las doncellas,
a Hedeia, que venció en los Juegos Ístmicos cuando era agonoteta Cornelio Pulcro en la carrera de carros armados, y en los Juegos Nemeos en la carrera del estadio cuando era agonoteta Antígono, y en Sición cuando era agonoteta Menetas; y venció también en la competición de niños citaredos en los ‘Sebastia’ de Atenas cuando era agonoteta Novio, hijo de Filino, y fue la primera doncella en ser hecha ciudadana de [] a su edad,
a Dionisia, que venció [] cuando era agonoteta Antígono, y en los Juegos de Asclepio en la sacra Epidauro cuando era agonoteta Nicótelo, en la carrera del estadio.

Dedicado a Apolo Pitio

9) Anotación marginal en el manuscrito Parisinus 1410, donde se comenta Pausanias

5.16.2-3: Νικηγόραν Νικόφιλος νικήσασαν δρόμω τὸν τῶν παρθένων δρόμον τόδ' ἀνέθηκα λίθου Παρίου τὴν γλυκυτάτην ἀδελφήν.

10) Tácito, Anales 15.32: *spectacula gladiatorum idem annus habuit pari magnificentia ac priora; sed feminarum inlustrium senatorumque plures per arenam foedati sunt.*

11) Dión Casio 67.8: καὶ ἔστι ὅτι νάνους καὶ γυναῖκας συνέβαλλε.

BIBLIOGRAFÍA

- G. ARRIGONI (1985): “Donne e sport nel mondo greco. Religione e società”, e “Iconografía della ginnastica e atletica femminile nel mondo greco”, en G. Arrigoni (ed.), *Le donne in Grecia*, 55-128 y 129-201.
- J. ASSA (1963): “La mujer y el deporte en la Antigüedad”, *Citius Altius Fortius* 5, 429-444.
- R. AUGUET (1987): *Lo sport nel mondo antico. Ludi, munera, certamina a Roma*, Roma.
- C. BÉRARD (1986): “L'impossible femme athlète”, *AION(archeol)* 8, 195-202.
- P.A. BERNARDINI (1988): “Le donne e la pratica della corsa nella Grecia antica”, en P.A. Bernardini (ed.), *Lo sport in Grecia*, Roma-Bari, 157-184 (trad. española en *Revista de Occidente* 134-135, Julio-Agosto 1992, 61-72).
- A. BRELICH (1969): *Paides e Parthenoi*, Roma.
- D. BRIQUEL (1992): “Les femmes gladiateurs : examen du dossier”, *Ktema* 17, 47-53.

- C. CALAME (1977): *Les chœurs de jeunes filles en Grèce archaïque*, Roma.
- M.L. CALDELLI (1993): *L' Agon Capitolinus. Storia e protagonisti dall' istituzione Domiziana al IV secolo*, Roma.
- J. CAPRIGLIONE (2007): "Olimpiche donne", en A. Bernabé – I. Rodríguez Alfageme (eds.), *Phílou skiá. Studia philologiae in honorem Rosae Aguilar ab amicis et sodalibus dicata*, Madrid, 73-84.
- L. CASARICO (1982): "Donne ginnasiarco", *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 48, 117-130.
- W. DECKER (1995): *Sport in der griechischen Antike*, Múnich.
- W. DECKER – J.P. THUILLIER, *Le sport dans l'Antiquité. Égypte, Grèce, Rome*, París 2004.
- M.P.J. DILLON (2000): "Did parthenoi attend the Olympic Games? Girls and women, competing, spectating and carrying out cult roles at Greek religious festivals", *Hermes* 128, 457-480.
- C. DURÁNTEZ (1975): *Olympia y los Juegos Olímpicos antiguos*, Pamplona.
- G. EISEN (1976): *Sports and women in Antiquity*, Dis. Univ. de Massachusett.
- M.I. FINLEY - H.W. PLEKET (1976): *The Olympic Games. The first thousand years*, Nueva York.
- C.A. FORBES (1929): *Greek physical education*, Nueva York-Londres.
- R.W. FORTUIN (1996): *Der Sport im Augusteischen Rom*, Stuttgart.
- R. FRASCA (1991): *L' agonale nell' educazione della donna greca. Iaia e le altre*, Bologna.
- M. FRASS (1997): "Gesellschaftliche Akzeptanz 'sportlicher' Frauen in der Antike", *Nikephoros* 10, 119-133.
- R. FREI-STOLBA (1998): "Frauen als Stifterinnen von Spielen", *Stadion* 24, 115-128.
- F. GARCÍA ROMERO (1992): *Los Juegos Olímpicos y el deporte en Grecia*, Sabadell.
 ----- (2005): "Mujer y deporte en el mundo antiguo", en F. García Romero – B. Fernández García (eds.), *In corpore sano. El deporte en la Antigüedad y la creación del moderno olimpismo*, Madrid.
- E.N. GARDINER (1910): *Greek athletic sports and festivals*, Londres (reimpr. Dubuque [Iowa] 1970).
 ----- (1930): *Athletics of the ancient world*, Oxford (reimpr. Chicago 1979).
- B. GENTILI – F. PERUSINO (eds.) (2002): *Le orse di Brauron. Un rituale di iniziazione femminile nel santuario di Artemide*, Pisa.
- M. GOLDEN (1998): *Sport and society in ancient Greece*, Cambridge.
- A. GUTTMANN (1991): *Women's sport*, Nueva York.
- H.A. HARRIS (1964): *Greek athletes and athletics*, Londres.
 ----- (1972): *Sport in Greece and Rome*, Ithaca.
- R.A. HOWELL – M.L. HOWELL (1989): "The Atalanta legende in art and literature", *Journal of Sport History* 16, 127-139.
- W.B. INGALLS (2000): "Ritual performances as training for daughters in Archaic Greece", *Phoenix* 54, 1-20.
- H. JEANMAIRE (1939): *Couroi et Courètes. Essai sur l'éducation spartiate et sur les rites d'adolescence dans l'antiquité hellénique*, Lille.
- J. JÜTHNER - F. BREIN (1965-1968): *Die athletischen Leibesübungen der Griechen*, Viena.
- L. KAHIL (1963): "Quelques vases du santuaire d'Artemis à Brauron", *Antike Kunst* Supl. 1, 5-29.
 ----- (1977): "L'Artemis de Brauron: rites et mystères", *Antike Kunst* 20, 86-98.

- H. KEMPE (1936): "Hatten Jungfrauen Zutritt zu den Olympischen Spielen?", *Die Leibesübungen*, 281- 282.
- B. KRATZMÜLLER (2002): " 'Frauensport' im antiken Athens?", en A. Krüger – W. Buss (eds.), *Transformationen: Kontinuitäten und Veränderungen in der Sportgeschichte*, Hoya-Göttingen, I 171-181.
- M. LAEMMER (1981): "Women and sport in ancient Greece. A plea for a critical and objective approach", en J. Borms – M. Hebbelink – A. Venerando (eds.), *Women and sport. A historical, biological, physiological and sportmedical approach*, Basilea, 16-23 (= *Medicin Sport* 14, 1981).
- H. LANGENFELD (1976): "Griechische Athletinnen in der römischen Kaiserzeit", en R. Renson – P.P. de Nayer – M. Ostyn (eds.), *The history, the evolution and diffusion of sports and games in different cultures*, Bruselas, 116-124.
- H.M. LEE (1984): "Athletics and the Bikini Girls from Piazza Armerina", *Stadion* 10, 45-76.
- (1988): "SIG³ 802: did women compete against men in Greek athletic festivals", *Nikephoros* 1, 103-117.
- A. LEY (1990): "Atalante. Von der Athletin zur Liebhaberin. Ein Beitrag zum Rezeptionswandel eines mythologischen Themas auf Vasen des 6.-4 Jh.s v. Chr.", *Nikephoros* 3, 31-72.
- H. van LOOY (1992): "Mujeres y deporte", en D. Vanhove (ed.), *El deporte en la Grecia antigua. La génesis del olimpismo*, Barcelona, 147-149.
- G. LUKAS (1982): *Der Sport im alten Rom*, Berlín.
- M. MANTAS (1995): "Women and athletics in the Roman East", *Nikephoros* 8, 125-144.
- J.M. NIETO IBÁÑEZ (2005): "La mujer en el deporte griego: mitos y ritos femeninos", en J.M. Nieto Ibáñez (ed.), *Estudios sobre la mujer en la cultura griega y latina*, León, 63-81.
- V. OLIVOVA (1984): *Sports and games in the ancient world*, Londres.
- R. PATRUCCO (1972): *Lo sport nella Grecia antica*, Florencia.
- M. PIERNAVIEJA (1963): "Antiguas vencedoras olímpicas", *Citius Altius Fortius* 5, 401-428.
- P. PIERNAVIEJA (1960): "El deporte en la literatura latina. Antología", *Citius Altius Fortius* 2, 417-596.
- S.B. POMEROY (2002): *Spartan women*, Oxford.
- B. RIEGER (1999): "Die *Capitolia* des Kaisers Domitian", *Nikephoros* 12, 171-203.
- T.F. SCANLON (1984): *Greek and Roman athletics. A bibliography*, Chicago.
- (1984): "The footrace of the Heraia at Olympia", *Ancient World* 9, 77-90.
- (1988): "*Virgineum Gymnasium*: Spartan females and early Greek athletics", en W. Raschke (ed.), *The archaeology of the Olympics*, Wisconsin, 185-216.
- (1990): "Race or chase at the Arkteia of Attica?", *Nikephoros* 3, 73-120.
- (1999): "Women, bull sport, cults and imitation in Minoan Crete", *Nikephoros* 12, 33-70.
- (2002): *Eros and Greek athletics*, Oxford.
- B. SCHRÖDER (1927): *Der Sport im Altertum*, Berlín.
- N. SERWINT (1993): "The iconography of the ancient female runner", *American Journal of Archaeology* 97, 403-422.

- Ch. SOURVINOU-INWOOD (1988): *Studies in girls' transitions: aspects of the Arkteia and age representation in Attic iconography*, Atenas.
- B. SPEARS (1964): "A perspective of the history of women's sport in ancient Greece", *Journal of Sport History* 2, 32-41.
- J.P. THUILLIER (1985): *Les jeux athlétiques dans la civilisation étrusque*, Paris.
- (1996): *Le sport dans la Rome antique*, Paris.
- M. VESLEY (1998): "Gladiatorial training for girls in the *collegia iuvenum* of the Roman Empire", *Echos du Monde Classique* 42, 85-93.
- I. WEILER (1981): *Der Sport bei den Völkern der alten Welt*, Darmstadt.
- N. YALOURIS (ed.) (1982): *The Olympic Games in Ancient Greece*, Atenas.